e. haro tecglen

OTROS TIEMPOS, OTROS HEROES

NO son vidas precisamente paralelas las de estos dos ancianos que acaban de morir con unas cuantas horas de diferencia, el ex emperador de Etiopía, Haile Selassie —el Negus—, y el ex presidente de la República de Irlanda, Edmundo de Valera. Son, sin embargo, grandes y espectaculares símbolos humanos de unos tiempos que acaban de transcurrir, de un grupo de años —¿una época?— inmediatamente anterior a éstos. Un tiempo de héroes personales. Ya se puede decir, hablando de ese grupo de años, «de otros tiempos». Alguna voz de nostalgia podrá decir «tiempos mejores», solamente, porque todo aparecía como más claro, y había una visibilidad mayor para distinguir el bien del mal. Equivocadamente, sin duda.

TANTO De Valera como el Negus han representado, en algunos momentos, con brillantez máxima —protagonistas mundiales— la lucha de sus pueblos por la libertad: la lucha contra la opresión, el colonialismo, el imperialismo. Pueblos sojuzgados se concentraban en sus nombres. Los dos han ocupado el poder máximo, los dos lo han ejercido con la solvencia del mito: los dos, sin duda, abusaron de ese poder —si bien en maneras muy distintas: el espejismo de lo paralelo no puede llevarnos a confundir la despótica figura sangrienta del Negus con el conservadurismo cerrado de Edmundo de Valera—; fueron obstáculos para su pueblo y fueron apartados del poder, el uno violentamente —como correspondía a su calaña—, el otro por la vía suave de la reducción de poder y finalmente el retiro. Ha muerto el Negus en el cuartel que le servía de prisión atenuada —mucho más clementes sus enemigos con él de lo que él fuese con ellos—, y Edmundo —Eamon, en su idioma— en un hospital residencia de ancianos, donde modestamente recostaba su vejez. Los dos dejan detrás sus países entre tragedias e incertidumbres.

LA historia tiene a veces algo de inmovilismo fotográfico. Retrata a sus personajes en momentos fundamentales y los fija así. El Negus será siempre la primera gran víctima del fascismo, el primero de los jefes de estado que, invadido su país, tendría que refugiarse en Londres y animar desde allí, casi desvalido, una resistencia y una reconquista que luego harían otros. Los grandes años nazis acumularían luego en Londres a los soberanos de Europa, a los hombres de la reconquista —De Gaulle—, a todos los demócratas expulsados de sus países. Londres cumpliría con gusto este papel de última muralla de la democracia, de refugio de los perseguidos, de amparo de las víctimas. La figurilla diminuta y desventurada del Negus tenía, en realidad, muy poco que hacer entre los representantes de las democracias maltrechas, pero de alguna manera se convirtió en el decano. Londres le presentaba como el primero, como el precursor. Y Londres hacía su imagen, sin duda contradictoria. Pero mayor contradicción de la que ofrecía la Gran Bretaña del momento, la del presentar a su Churchill como el hombre que encarnaba las libertades del mundo y que guerreaba por conseguir que cesasen las guerras, no podía darse. Pero siempre hay unas generaciones de ojos cerrados. Ante la magnitud de la lucha y de lo que se juzgaba en ella, había unos ojos cerrados para las contradicciones menores, y Churchill podía pasar por el campeón de las libertades, Inglaterra como un gran refugio de humillados y ofendidos, y hasta el Negus por un bondadoso demócrata.

SI alguien no hubiera podido creer nunca en esa imagen de Londres era Edmundo de Valera. El magnesio de la convención histórica la fija en su imagen de luchador clandestino contra los ingleses, de perseguido, de condenado a muerte, de héroe de tragedia de O'Casey. Si el Haile Selassie estaba destinado a ser Negus y «León de Judá», De Valera no estaba destinado ni siquiera a ser irlandés: hijo de un músico español, la muerte prematura de su padre (cuando él tenía dos años) le llevó a la patria de su madre, Irlanda; si su padre hubiese vivido, quizá De Valera hubiese seguido siendo americano —nació en Nueva York—, o tal vez hubiese sido español, venido a España. Pero, huérfano, fue llevado al país de su madre. Lentamente —muy lentamente— fue sintiéndose irlandés, y nacionalista. Quizá fuese ante todo católico —llevaba su religión al fanatismo, y alguno de sus biógrafos aseguran que se debe a su padre español; sin sentido, puesto que ni siquiera le conoció— y luchador, finalmente, armado. Tal era la imagen de opresión que guardaba de Inglaterra, que durante la guerra mundial, siendo ya primer ministro de la República independiente que había ayudado tan definitivamente a instaurar, llegó a tener una relación importante con Hitler, y mantuvo a su país en la neutralidad (no todos sus conciudadanos mantuvieron y apoyaron esa postura: privadamente, los irlandeses ayudaron mucho a las democracias a ganar la guerra, o al menos a resistir al nazismo). El problema que De Valera planteó a su país fue el común a muchos héroes llegados a gobernantes: que transportan la tensión y el fanatismo de la lucha en los tiempos difíciles al ejercicio del poder. En realidad, De Valera no rindió nunca las armas. Para él la independencia estuvo siempre truncada por la división de Irlanda en dos, y la defensa de la incorporación del Ulster a la República fue su objetivo constante. Ha muerto sin verlo conseguido.

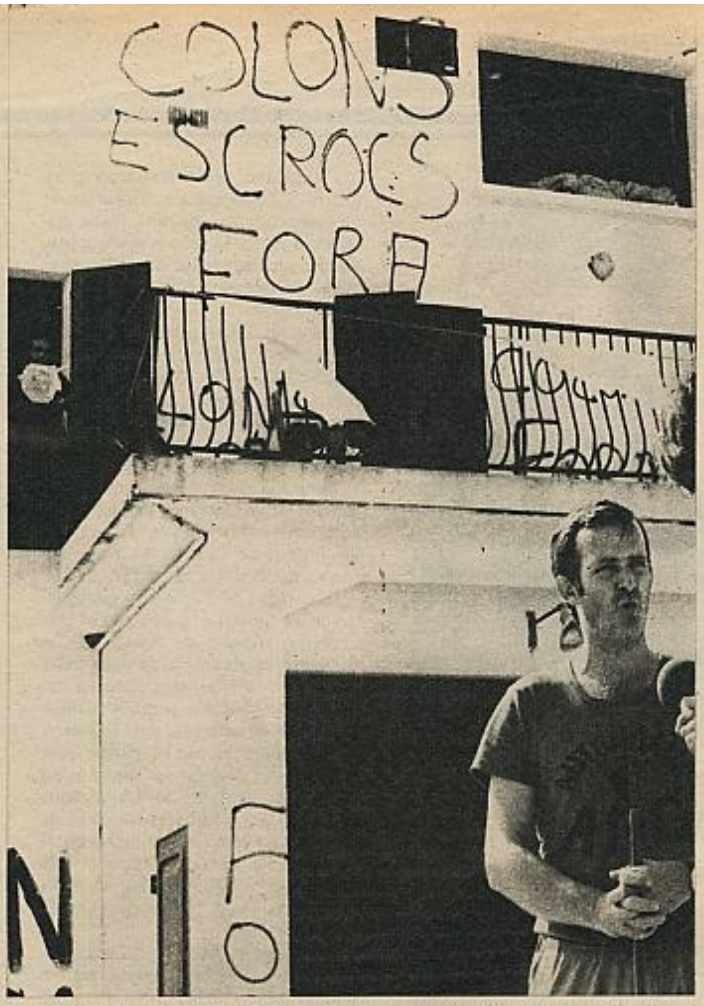
OTROS tiempos, otros héroes. No es que nuestro tiempo no los tenga; es que son de otra manera. O la historia los refleja ahora de otra forma. Se ha perdido, se pierde con cada muerte como la del Negus o la de Eamon de Valera, el sentido de la política personalista. Unas

Haile Selassie ha muerto en el cuartel que le servía de prisión atenuada.

décadas antes, cualquier lucha política o violenta se configuraba detrás de un nombre. No puede ser así ahora. En el próximo Portugal, los nombres aparecen en zarabanda continua. La polarización del antifascismo y la revolución en el nombre de Spínola duró minutos —minutos históricos—: la abundancia de protagonistas en estos momentos evita la aparición del nombre carismático. En Argentina, todos los esfuerzos por rehacer el nombre de Perón se desmoronaron en cuanto el propio Perón tomó contacto con el aire de la realidad, como las momias egipcias se deshacían en polvo en cuanto se comían las puertas herméticas de sus tumbas y penetraba el aire exterior. Como De Gaulle estalló en mil pedazos cuando quiso rehacer su primer mito. Las sociedades de hoy, los sistemas de discusión, de enfrentamiento político, de examen de la cuestiones, de información, no admiten el mito del héroe ni del hombre del destino. Cuando acabe Mao, cuando acabe Tito, el mito habrá perdido dos de sus últimos apoyos.

ESTOY tan lejos de creer que esta imposibilidad del político carismático sea negativa como de creer que no ha sido útil en su tiempo. Por el contrario, puede afirmarse que la paulatina desaparición de los fanatismos, de la simpleza esquemática, de la residencia en un solo hombre de las ideas cruzadas de su tiempo es algo bastante importante en favor de la colectividad y del equilibrio de las tendencias, de la desaparición de los dogmas y de los sistemas rígidos. Es una conquista de nuestro tiempo (es difícil decir o creer que sea una conquista definitiva, bien pueden volver esas formas políticas a imperar). Pero ello no debe inducirnos a juzgar sobre nuestro patrón el grupo de los años transcurridos. El Negus, Eamon de Valera funcionaron en su momento, como funcionó en su propio sentido Hitler, o Stalin; como funciona Fidel Castro. Cumplieron sus papeles históricos en una época que necesitaba protagonistas y que vivía en las ideas fijas y constantes —todavía una gran parte de la humanidad vive así—, y quería verlas reflejadas en un solo hombre. Cumplieron con su tiempo, respondieron a él.

Edmundo de Valera nació en Nueva York, pero lentamente —muy lentamente— fue sintiéndose irlandés y nacionalista.



El Gobierno francés, en un intento apaciguador, ha sustituido al prefecto de Córcega y al subprefecto de Bastia, nombrando en su lugar a dos altos funcionarios de origen corso y con intereses familiares y personales en la isla. El último fin de semana ha pasado en calma.

CORCEGA

Días de sangre

● Desde el día 22 se registran desórdenes en la isla de Córcega; una respuesta del gobierno —por Poniatowski, ministro del Interior, hombre duro del régimen— disolviendo la ARC (Acción para el Renacimiento de Córcega) y, agudizando las medidas represivas, se ha visto a su vez respondida por nuevos y sangrientos desórdenes. Una serie de problemas conjuntos se presentan en Córcega: desde la «diferenciación» de la isla a la reclamación de mayores medidas de autonomía regional, pasando por la presencia de «pieds noirs» —refugiados de Argelia y Marruecos afincados en un clima afín— que suscitan por una parte una repulsa de los corsos, pero que por otro encabezan los movimientos de la extrema derecha. En Córcega hay, además de la ARC de los hermanos Simeoni —Edmundo y Max Simeoni, médicos los dos: Max considerado como un teórico, Edmundo como un hombre de acción: han pasado del «regionalismo» al «autonomismo» y a acusar a la Administración de «colonialista»— un PPCA, o partido del Pueblo Corso para la Autonomía (si el anterior está considerado como de derechas, éste es socialista y apoya a Mitterrand), el PCS, o partido corso socialista (autogestionario, pide la «autodeterminación»), la Unión de la Patria (autonomista, derechas), todos ellos legales (excepto, ahora, la ARC que ha sido disuelta). Hay también dos movimientos clandestinos: el FPCL, o frente «camp» sino corso de liberación, y el Ghjiustitizia Paolina: los dos pretenden un estado independiente, consideran el autonomismo como «reformista» y reivindican atentados y bombas.

La discusión en París acerca de la procedencia de la disolución de la ARC, de las detenciones y de la represión es larga, y corresponde al arco iris político: desde los partidos gubernamentales que apoyan la firmeza de Poniatowski hasta la oposición de izquierda que la rechaza. La posición de la izquierda tiene un doble filo: por una parte, considera que la represión es inconveniente y puede proporcionar mayores problemas de los ya existentes, y por otra, rechaza todo autonomismo o intento de separación de la isla. El comunicado del partido socialista señala que el gobierno «ha demostrado su imprevisión y su impericia al mismo ▶